

## CAPITULO VI

### COMENTARIOS FINALES

La repartición agraria fungió como un puente de alianza temporal entre los habitantes del medio rural y la nación posrevolucionaria que salía de una de las grandes crisis del país. A partir de los años 1920s la estabilidad política era cada vez más evidente gracias a la nueva estrategia estatal que consistía en relacionarse en el ámbito local. Por medio de la articulación con los pueblos y municipios –teniendo su clímax con el gobierno de Lázaro Cárdenas— la ideología revolucionaria, enraizada en tradiciones populares, logró penetrar de manera eficaz en el campo mexicano estableciendo la calma después de la tormenta (Mallon 2002:108). Así, después de lidiar con la burocracia agraria, tras la resolución de conflictos con pueblos vecinos, de divisiones internas, y de una larga espera, Tonantzintla había sido dotada completamente con un ejido en 1937.

Lejos del pueblo, las nuevas tierras eran testigo del trabajo invertido en sus parcelas, del movimiento constante de personas que buscaban las mejores opciones para brindar el sustento a sus familiares y de una nueva manera de organización alrededor de la tierra. Desde un principio el ejido no fue suficiente para todos los habitantes del pueblo y conforme pasaba el tiempo y la costumbre de heredar seguía arraigada, las tierras se disputaban cada vez más.

A través del trabajo de campo pude observar que los patrones de herencia continúan siendo una tradición que al parecer obedece más a razones de practicidad que a un arraigo cultural. En este sentido, la herencia es una práctica social, casi una ley tácita, cuyo objetivo es otorgar en vida una propiedad (en el mejor de los casos) a la mayor cantidad de descendientes posibles para que estos tengan un lugar donde construir su nuevo hogar al contraer matrimonio. En efecto las mujeres son las que históricamente han sido relegadas de esta tradición, la cual

evidentemente está relacionada con concepciones culturales. No obstante, el rol de las mujeres está siendo reelaborado conforme este género se está abriendo camino en un contexto restringido a los hombres, el de la tierra. Aunque todavía hay mucho trecho por recorrer, los ejemplos de acceso a la tierra de estas mujeres tonantzintleñas son un comienzo. No debemos olvidar, pues, que la dinámica de la tierra es algunas veces independiente del marco constitucional (Vázquez 2001:141), por lo que se puede decir que en ocasiones las transformaciones culturales pueden marcar pautas para reformar una ley, o viceversa. El hecho es que la inserción cada vez más fuerte de las mujeres al mercado laboral y a los trabajos asalariados las están empoderando económica y socialmente, lo cual está cambiando los roles de cada género. Lo relevante de estos resultados obtenidos en Tonantzintla es que podrán ser utilizados para compararse con otras regiones del país y a través del tiempo.

Tiempo antes de que las tierras ejidales fueran requeridas para procesos de especulación y lucro por parte del gobierno, las políticas dirigidas al campo, el neoliberalismo y la transferencia de atención del campo a la ciudad, provocó una crisis en el agro mexicano que se ha salido de control y que convirtió a la pequeña producción agrícola en una empresa casi insostenible.

En Tonantzintla encontré que la actitud hacia el campo es negativa, los jóvenes ya no quieren cultivar y sus padres los comprenden y apoyan. Las nuevas generaciones ya no perciben al campo como sus abuelos lo hacían, ya que los beneficios que les ofrece son casi nulos. A pesar de que la agricultura como medio de vida disminuye con gran velocidad, el deseo por comprar tierras es igual, debido a la necesidad de heredarlas.

La valoración de la tierra, entonces, se ha transformado casi por completo. Hoy por hoy la lucha por la tierra al interior de Tonantzintla se da en función de dar habitación a las nuevas generaciones, que en su mayoría, ya no están interesadas en cultivar, sino en buscar nuevas opciones laborales. Mientras que al exterior, la lucha se da contra el gobierno y las necesidades ciudadanas, o bien contra especuladores. Cuando estos últimos ganan, eliminan la posibilidad de que estas tierras sean utilizadas por los habitantes de las zonas conurbadas de las ciudades

(zonas semirurales), ya sea para el cultivo o para dar un lugar habitable a las nuevas familias, como en el caso de Tonantzintla.

Otro factor relacionado con la poca rentabilidad de los productos agropecuarios, es que muchos habitantes de las zonas rurales y semirurales del país se han visto obligados desde hace muchos años a recurrir a diversas actividades para complementar el sustento familiar. Esta diversificación ocupacional es un elemento clave en la situación actual de Tonantzintla. Empero, la actividad medular o base dista mucho de ser el campo, y más bien se ha convertido en una ocupación adicional.

Es importante mencionar que la edad y el género son factores que marcan una pauta en la diversificación ocupacional. Es decir, mientras más jóvenes, su actividad se va diversificando menos y normalmente se enfoca en un trabajo fijo asalariado (intensificado cada vez más en mujeres), mientras que las generaciones más viejas siguen ampliando sus actividades dentro de un marco generalmente comercial y agrícola. Según datos recabados por Elizabeth Katz (1999:6) el 19% de las jefas de familia y 14% de mujeres casadas pertenecientes a la generación más vieja están involucradas en trabajos complementarios fuera del campo y sus actividades básicamente son mercantiles. Mientras que el 71% de las hijas que trabajan tienen trabajos asalariados, como de ayudantes domésticas y empleadas de fábricas.

Las nuevas expectativas laborales y de vida de los habitantes de Tonantzintla, y la cada vez mayor inmersión en la cultura consumista están llevando al abandono del campo de una manera gradual, aunque no definitiva. Hoy día es evidente la brecha educacional entre las generaciones, la cual se hace presente en la mayoría de los ejidos y localidades rurales en México. Según los datos recabados por Elizabeth Katz en 250 ejidos (aproximadamente), los hijos de los ejidatarios tienen en promedio más del doble de educación que sus padres, lo cual les brinda mayores posibilidades de participar en mercados de trabajo fuera del ámbito agrícola (Katz 1999:3).

La alianza entre los campesinos mexicanos y el gobierno (muchas veces ligado al partido oficial) concertada con la Reforma agraria duró muy poco tiempo. Después de cumplir ramplonamente con la repartición de tierras, el Estado no respondió las demandas de los

campesinos para desarrollar las tierras ejidales adecuadamente. El tiempo del campo había terminado y los ideales neoliberales de “progreso” y modernidad, dirigidos a las clases altas del país, fueron los mecanismos mediante los cuales las tierras dedicadas a la agricultura comenzaron a ser objeto de nuevos planes nacionales.

Efectivamente, las políticas hacia el campo en México no han sido las más apropiadas para la sobrevivencia de la pequeña agricultura. Sin embargo, ¿Sería adecuado culpar totalmente a las políticas estatales del abandono gradual del campo? Es decir, si el campo fuera tan redituable como un trabajo asalariado bien pagado ¿todos los llamados otrora campesinos y sus hijos seguirían optando por esta forma de vida simplemente porque es su identidad rural? Desgraciadamente la respuesta sería solo una especulación, no obstante, yo opino que el significado de la tierra y la situación rural está cambiando, en parte, por la poca remuneración del cultivo en México y la lucha por la tierra a todos niveles, así como también porque las sociedades cambian constantemente y las ideas colectivas e individuales no son estáticas y no están aisladas. Sin embargo, es necesario decir también que estos cambios han sido ayudados no sólo por la falta de rentabilidad del campo sino también por la expansión de las ciudades que se están comiendo las zonas periféricas agrícolas, lo cual ha acelerado el proceso de transformación.

Desde los años cuarentas los flujos económicos, laborales, de planeación y de crecimiento se enfocaron principalmente en ciudades en crecimiento como Puebla, convirtiendo a la centralización en casi una política gubernamental que transfirió los recursos del campo a la ciudad (Riveros 2003:89, 103). Como resultado, muchos habitantes de zonas periféricas han migrado hacia los centros más importantes en búsqueda de mejores posibilidades, desatando una demanda de suelo habitacional. En suma el crecimiento demográfico y la fuerza de atracción hacia los centros urbanos ha potenciado la conversión del suelo rural al suelo urbano en un lapso muy corto, provocando un fenómeno de irregularidad incontrolable (Riveros 2003:103).

A finales de los ochentas y principios de los noventas el concepto del uso de las tierras ejidales cambió. Éstas se convirtieron en tierras “libres” para el desarrollo urbano, industrial y en

muchos casos para el lucro de las mismas autoridades. El inicio de las expropiaciones ejidales y las intenciones del gobierno por controlar el uso y tipo de tenencia de la tierra acabó por desgastar la relación con el gobierno. La limitada ayuda a los líderes ejidales a cambio de votos y el apoyo incondicional al partido oficial se estaba viendo agotada. Los continuos ataques a la soberanía de la patria chica modificó la imagen del gobierno acuñada por la revolución, creándose lo que Nuijten (2003) llama la Cultura del Estado, la cual está envuelta en una atmósfera de desconfianza y de teorías de conspiración en contra de la vida de los pueblos.

Las teorías de conspiración no sólo formaron parte del imaginario tonantzintleño sino que cobraron vida en el momento en el que el gobierno —enmascarado— trató de apropiarse de sus tierras ejidales que lindaban con una zona de reservas territoriales y que destinarían a la constitución de una nueva zona de elite en Puebla. La nueva ley agraria, las nuevas leyes de desarrollo urbano y de sistemas de asentamiento en conjunto fueron el respaldo jurídico en el que los gobiernos de Mariano Piña Olaya y Manuel Bartlett se basaron para especular con gran parte de las tierras ejidales de la región del valle de Cholula.

Lo anterior deja en claro que es relevante entender cómo la historia de la comunidad y su lucha por la tierra es manejada en el presente y cómo representa una materia para imaginar el futuro (Gómez 1998:26). Entre expropiaciones y ventas, los habitantes de Tonantzintla han reconstruido la memoria de su historia agraria ejidal y están construyendo su presente y su relación con el gobierno en base a ello.

La percepción del gobierno como un ladrón sustituyó la imagen paternalista de un Estado que cuidaba de sus hijos campesinos. Esa idea originada en la repartición agraria se perdió en las visiones de conspiración y traición del gobierno. Los programas gubernamentales son desechados por temor a un nuevo abuso de los actores que detentan el poder en el México neoliberal de hoy. Además de que consideran que los verdaderos beneficiarios de estas disposiciones son los mismos políticos, los ricos y los extranjeros, muchas veces mencionados indistintamente.

El carácter contradictorio y conflictivo de los encuentros entre lo local, lo regional y lo nacional surgen en contextos de dominación y sujeción (Villa 1986:17) y a pesar de ello existen

espacios de negociación y alianza con el Estado que son reelaborados por el entorno histórico, social y político. Empero, las negociaciones son llevadas a cabo en un contexto de desconfianza y sospecha. La historia agraria ejidal de Tonantzintla ha estado marcada por encuentros y desencuentros con el Estado a lo largo de su historia, desde la dotación de su ejido hasta la expectativa que están desencadenando los resultados de las elecciones estatales efectuadas en el mes de noviembre del 2004 en el estado de Puebla, donde ganó el PRI; y de los cuales depende, según los de Santa María, la continuación de las expropiaciones y las disputas por la tierra con el gobierno. Tan es así, que como parte de la campaña del PRI se creó un supuesto "Pacto de San Andrés", cuyo primer acuerdo era: evitar cualquier expropiación territorial en el municipio. El PRI es visto en Tonantzintla casi como sinónimo de expropiaciones y enriquecimientos ilícitos. Irónicamente el PRI ganó la gubernatura y perdió la presidencia municipal, lo que hace observar a la cultura del Estado no como algo total y terminado.

Evidentemente las acciones del Estado han sido responsables en parte de la pérdida de tierras y del abandono del campo, y son parte del material de construcción de esta cultura del Estado que lo imagina como un ente maligno y poderoso. A pesar de ello, esta construcción representa sólo una parte de la realidad social de Tonantzintla y otras localidades del país, ya que la ingerencia de las acciones estatales no son tan devastadoras como el Estado mismo quisiera, ya que por las mismas transformaciones internas, existen cada vez más individuos que están dispuestos a vender sus tierras y dedicarse a otras actividades fuera del ámbito agrícola. Por lo que siempre es importante tomar en cuenta el poder de negociación y resistencia de los grupos subordinados.

Como última reflexión es significativo resaltar el papel de la Reforma Agraria de 1992 en el caso de Tonantzintla. Sin duda la nueva ley agraria ocasionó transformaciones estructurales en la reproducción social y en las relaciones de dominación entre el Estado y los campesinos (Gómez 1998:199). Sin embargo, en Tonantzintla no tuvo el resultado previsto ni el impacto ocasionado en otros ejidos del país. La primera expropiación y el proceso de lucha por la tierra entre el gobierno poblano y los ejidatarios de gran parte del municipio de San Andrés se dio al mismo tiempo en que la reforma fue discutida y aprobada por el Congreso. Como consecuencia

los de Santa María estuvieron envueltos en otros conflictos que no les permitieron preocuparse por el fin de la reforma agraria, ya que en realidad la estaban viviendo.

A pesar de haberse incorporado al Procede para vender las tierras de San Martinito, muy pocos tienen conocimiento sobre este programa de la ley agraria. Aproximadamente 14 hectáreas en Cuachitla están ya certificadas y solo unas cuantas han sido transformadas en propiedades privadas. En realidad, el único efecto importante de la nueva ley, más allá de la preocupación de muchos investigadores por la inevitable privatización de los ejidos, fue formar parte de la amalgama jurídica perfecta que proporcionó las armas al estado poblano para apropiarse de grandes extensiones de tierras que otrora eran casi intocables.

La historia agraria de Tonantzintla ha sido parte de una lucha casi endémica por la tierra. A juzgar, los propietarios de los ejidos que fueron expropiados y comprados para beneficio de la clase más alta poblana pueden ser vistos como víctimas. Al ser despojados de sus tierras su forma de sustento se vio truncada, la propiedad que sería heredada a sus descendientes se había ido y la incertidumbre ante nuevos ataques del Estado se convirtió en un riesgo latente. Empero, cómo calificar las acciones del Estado? En el caso de Tonantzintla la compra del ejido fue en efecto con fines especulativos. No obstante, las expropiaciones para las reservas territoriales que cambiaron el uso del suelo agrícola por uno urbano son en teoría para beneficio público. Entonces cómo establecer una balanza justa entre los intereses de diversos actores dentro de la trama social mexicana? ¿Sólo las tierras altamente fértiles son las que deben ser exentas de expropiaciones a pesar de que las de menos calidad son esenciales para la sobrevivencia de las familias de sus propietarios?

La lucha por la tierra en el México actual está llena de contrastes y de injusticias disfrazadas. En mi opinión, el narrar las historias de las disputas por la tierra, el contexto de los grupos involucrados, sus visiones y sus discursos, son necesarias para entender la relación entre los grupos subordinados y el Estado, así como las dinámicas relacionadas con el campo mexicano. Santa María Tonantzintla es un claro ejemplo de la lucha por la tierra y de las transformaciones provocadas por la dinámica interna de la localidad, así como por las políticas nacionales que han impactado negativamente los sectores menos privilegiados del país.